
CONVERSACION XXIII

SOBRE LA DEVOCIÓN.

Felicidad. Tarde se me hace ya para saber tu sentir acerca de la Devoción; deseosa yo de zanjar de una vez mis incertidumbres sobre este punto.

Anastasia. Pues ¡qué! ¿Por ventura caben incertidumbres en una materia como esta?

Perpetua. ¿Qué extraño será que se tengan; siendo así, que se oye hablar con tanta variedad acerca de este punto?

Anastasia. Pero ¿quiénes son los que así hablan? Probablemente serán los que no saben ni entienden, qué es Devoción.

Felicidad. Yo te lo diré en vveves palabras: casi todo el mundo.

Anastasia. A mi ver, eso consiste en que confunden la verdadera devoción con la falsa.

Perpetua. ¡Cómo así! ¿Pues acaso hay dos géneros de devoción?

Anastasia. ¡Qué! ¿No sabíais, que todo lo que es bueno tiene su contrario en este mundo?

Felicidad. No lo ignorábamos absolutamente; pero la preocupación, que es tan común entre las gentes, nos impedía fijar la atención en esto.

Anastasia. Sin embargo, es necesario contar con que también hay falsa Devoción, para salvar el honor de la que es verdadera.

Perpetua. Hasnos (si gustas) la pintura de una y otra, para que nunca volvamos á padecer engaño en esta parte.

Anastasia. De buena gana: la verdadera Devoción, es semejante á un árbol cargado de esquisitos y excelentes frutos; la otra, para el contrario, es como un árbol que solo tiene hojarasca y bambolla.

Felicidad. Por cierto, no pudieras habernos dado otra idea más clara, para que lo entendiésemos y distinguiésemos bien: dínos ahora, si gustas, ¿qué frutos son esos?

Anastasia. Estos frutos son: una santa prontitud y fervor para todo lo que mira al servicio de Dios nuestro señor; una exacta fidelidad en el cumplimiento de todas sus obligaciones; y una atención continua, para agradar á Dios en todas las cosas.

Perpetua. ¡Cierto, que son unos frutos bien apetecibles! Al verlos ¿quién podrá menos de apreciar dignamente el árbol que los produce?

Anastasia. Así es; que no hay absolutamente quien no ame y admire la verdadera devoción.

Felicidad. ¡Es posible! ¿Nadie sin excepción?

Anastasia. Nadie, Nadie; sin exceptuar ni aun los que son más viciosos y desarreglados.

Perpetua. Pues ¿por qué se levanta tantas veces el grito contra la devoción?

Anastasia. Eso proviene, vuelvo á decir, de que el mundo, ciego, confunde la verdadera devoción con la falsa.

Felicidad. Pues hasnos ahora un retrato de esta última, á ver si es tan vituperable, como vituperada.

Anastasia. Ya me parece que os la he pintado bastante, con haberos dicho que es semejante á un árbol, que no tiene más que hojas.

Perpetua. Con todo eso, aun queremos que nos digas algo más.

Anastasia. ¡Hay tal empeño! Pues ¿qué? ¿No comprendéis todavía con esta comparación ó símil, que la devoción falsa es la que se contenta solamente con las exterioridades de virtud, y con las apariencias de piedad, sin procurar tener ni el espíritu ni la realidad de ellas?

Felicidad. De esa manera no será devoción, sino hipocresía.

Anastasia. Con tu licencia digo, que esto pudiera suceder muy bien, sin que sea hipocresía; por que las tales personas pueden no llevar intención de engañar: aunque, para decir verdad, casi no puede ser esto, sin ilusión ó engaño.

Perpetua. Pero en substancia, tanto monta lo uno como lo otro.

Anastasia. Convengo en ello; más al fin, no son una misma cosa.

Felicidad. Pregunto más: ¿qué exterioridades y qué apariencias son estas de la falsa devoción?

Anastasia. Se reducen á un cierto exterior, á ciertos métodos, ciertas prácticas, ciertas maneras.....

Perpetua. Pero estas prácticas ¿no son en sí buenas?

Anastasia. Hablando generalmente, todo lo que es afectado pierde mucho de su mérito; más para responderte con puntualidad, te diré que sí; con tal que ellas compongan alguna parte de las obligaciones de cada uno; ó á lo menos, no se opongan á ellas: dos reglas, que deberán tenerse muy presentes.

Felicidad. Yo supongo, que siendo ellas buenas, á nada se opondrán.

Anastasia. Repito, que si no pertenecieren á la línea de lo que es obligación, deben dejarse para otros á quienes convenga mejor.

Perpetua. ¿Dices esto mismo en cuanto al exterior, en cuanto al método y maneras?

Anastasia. Lo propio; porque eso de tener dos balanzas ó dos pesos, no es para mi. En punto, pues, de devoción es necesario arreglar todas las cosas con proporción y respeto á la obligación: en conduciéndose de este modo, se edifica á todo el mundo, y á nadie se dá que decir.

Felicidad. Aunque al parecer estábamos muy encontradas con tus dictámenes, no podemos ya dejar de admirarlos, porque son tan cabales como sólidos.

Anastasia. Si los siguiéreis fielmente, no temáis des-

caminaros jamás, porque seguiréis en ellos á la pura razón.

Perpetua. Y ¿á quién será menester dirigirse para conseguir el debido régimen en la série de sus obligaciones?

Anastasia. A aquellas personas que Dios ha establecido por Superiores nuestros; y á quienes ha encargado nuestra conducta.

Felicidad. De esa manera, será preciso tener que intervenir con muchas personas.

Anastasia. No por cierto: solo con aquellas á quienes debemos obedecer inmediatamente.

Perpetua. Yo discurriría, que no se necesitaba consultar más que á su Confesor.

Anastasia. Y tienes razón, cuando son asuntos de conciencia, ó de Religión: pero en todo lo demás hemos de sujetarnos precisamente á aquellos que tienen autoridad inmediata sobre nosotras.

Felicidad. Yo había oído decir, que se debía consultar á su Confesor generalmente para todas las cosas; y aún más, que en esto estaba la verdadera Devoción.

Anastasia. Pues te han engañado seguramente: todas esas circunstanciadas relaciones de cosas inútiles no sirven más que para desperdiciar el tiempo.

Perpetua. Pero ¿qué? ¿No se le podrá consultar al Confesor en lo tocante á cosas temporales?

Anastasia. Sí, cuando en ello puede interesar la conciencia; de otra suerte, es precisamente inutilidad

y pasatiempo; lo cual no admite la verdadera Devoción.

Felicidad. Confieso, que no era ésta la idea que yo me había forjado de la Devoción. Yo pensaba, que consistía en estarse mucho tiempo con su Director; en leer muchos libros espirituales; en acudir con ansia á oír á los Predicadores afamados; en saber hablar, ó explicarse con erudición y magisterio; en vestir de otro modo que las demás; en comulgar casi todos los días; en oír muchas Misas; y finalmente, en rezar mucho.

Anastasia. No me meto yo en reprender, lo que es bueno; y dejo, que cada uno piense del modo que más le agradáre; pero por lo que á mi toca, ya os he dicho mi sentir.

Perpetua. Soy de ese mismo parecer, lo confieso; y no dudo que mi compañera lo es ya también. Te damos con el mayor rendimiento las debidas gracias; y si nos dispensas tu permiso, nos retiraremos ya, para ir á meditar sobre todas estas instrucciones, y hacer de ella la regla de toda nuestra conducta.



CONVERSACION XXIV

SOBRE LA VERDADERA Y LA FALSA DEVOCION.

Agripina. Ya que has empezado á darnos tan sólidas instrucciones acerca de la Devoción, ¿nos harás el favor de continuar?

Paula. De muy buena gana: no tenéis más que apuntar lo que deséais que os diga.

Austrúda. Quisiéramos, que bajo de un solo aspecto nos mostrases *la verdadera y la falsa Devoción*; para que de una vez notásemos bien la diferencia que hay de una á otra.

Paula. Lo que me pedís es muy puesto en razón, y os será al propio tiempo muy útil el saberlo.

Agripina. Comienza ya, si gustas.

Paula. Vengo gustosa en ello. La falsa Devoción es la que nos hace pasar por unas Santas á los ojos del mundo, al paso que Dios está ya para vomitarnos y arrojarnos de su boca.

Austrúda. ¡Espantosas palabras, por cierto, y que efectivamente nos atemorizan!

Paula. Concedo, que lo son; y no por eso tienen menos de verdaderas.

Agripina. ¡Es posible, que el error é inadvertencia en este punto, llegue á un extremo tal! Yo discurría, que lo más que podría resultar de aquí, era el estar un poco más, ó un poco menos dentro, allá en el Cielo.

Paula. No, no: se trata absolutamente ó de perder el Cielo, ó de ganarle.

Austrúda. Lejos de inspirarnos alguna seguridad, nos asustas más de cada vez.

Paula. Bien quisiera yo no atemorizaros; ¿pero cómo os he de decir la verdad, sin que suceda eso?

Agripina. Pues ¿qué? ¿La falsa Devoción excluye del Cielo? Yo no acabo de volver á mí, del sobresalto.

Paula. Tan cierto es esto, que no puede ser más.

Austrúda. Y ¿de dónde lo sabes tú?

Paula. Lo he aprendido en el Evangelio mismo; donde hallo, que las Virgenes fátuas ó necias fueron desechadas por Jesucristo, y no por otro motivo que por su falsa Devoción.

Agripina. ¡Qué! ¿No hubo otra causa que ésta?

Paula. No; porque ellas eran Vírgenes, y Vírgines de una vida irreprochable en lo exterior.

Austrúda. Pues ¿qué les faltaba?

Paula. Fuego y aceite en las lámparas; quiero decir, caridad y buenas obras.

Agripina. Pero una vez que vivían con las otras Vírgenes prudentes, y dentro de una misma casa; ¿no se ejercitaban en las mismas cosas que ellas?

Paula. Es verdad; pero todo lo que no tiene por principio á la caridad, no puede ocupar lugar alguno entre aquellas obras, que Jesucristo recompensa con el Cielo.

Austrúda. Sin embargo, ellas no dejaban de trabajar y de afanar bastante.

Paula. Enhorabuena que esto fué así; pero todo ello fué desechado, porque no tenían caridad,

Agripina. Cuanto vas diciendo, hace temblar las carnes.

Paula. Yo soy la primera que tiemblo.

Austrúda. ¿A esto solo se redujo la causa de tan ágría reprensión, esto es, el no tener caridad y buenas obras?

Paula. Se les reprendió, además, el haberse adormecido y descuidado demasiado (por la falsa persuasión en que estaban de su virtud) en aguardar al Esposo, como lo hacían las Vírgenes sábias; y contando entrar con ellas en la sala de las bodas.

Agripina. ¡Situación, por cierto, bien deplorable!

Paula. No puede serlo más; porque ¿dónde hay cosa más triste, que contar con llegar al Cielo, precisamente por el camino que guía á la perdición?

Austrúda. Con todo, ¿este era el estado de aquellas desventuradas Vírgenes!

Paula. Es cierto; y este mismo es el de todas las personas que no tienen más que una falsa devoción.

Agripina. ¿Y es grande el número de semejantes personas?

Paula. Según lo que nos dice el Evangelio, es gran-

dísimo; puesto que de diez que eran aquellas Vírgenes, solo hubo cinco de ese número, que es justamente la mitad.

Austrúda. ¿De qué manera se llega á caer en un estado tan lastimoso?

Paula. Tomando la sombra por la realidad; y en lugar de la verdad, las apariencias.

Agripina. Explícate un poco más claro.

Paula. Quiero decir, que sucede esto, pasando toda la vida en inútiles entretenimientos, en vez de hacer una vida verdaderamente sólida.

Austrúda. Perfectamente nos has hecho comprender lo que es falsa Devoción; acaba (sigustas) haciéndonos entender igualmente, qué es Devoción verdadera.

Paula. Justo es ejecutarlo así, pues que es lo tengo ofrecido.

Agripina. ¿Qué es necesario hacer para obtenerla?

Paula. Se necesita, á imitación de Jesucristo, cumplir toda justicia y santidad; y no hacer el bien á medias.

Austrúda. Y ¿por dónde se ha de empezar?

Paula. Por el interior: es menester, ante todas cosas, arreglar el corazón, el espíritu y todos los sentidos.

Agripina. ¿Qué es lo que ha de servir de cimiento á todo este edificio?

Paula. Una voluntad firme, constante é incontrastable de servir á Dios, cueste lo que costare y á cualquier precio que sea.

Austrúda. ¿Debe añadirse alguna otra cosa?

Paula. Una continua vigilancia, acompañada de una resolución absoluta de hacerse violencia en todo, y por todos los días de la vida.

Agripina. A estas dos primeras ¿qué otra cosa es necesario agregar?

Paula. Una humildad y una obediencia constantemente uniformes.

Austrúda. Y sobre este cimiento ¿qué es lo que se ha de colocar?

Paula. Un sincero y ardiente amor de Dios, que nos desprenda y aparte de todo lo que pueda ser nocivo para nuestra salvación.

Agripina. Y ¿hasta donde debe extenderse este desasimiento y esta separación?

Paula. Hasta sacarnos los ojos, y cortarnos las manos y los pies, en caso de que sirvan de obstáculo para nuestra salvación eterna.

Austruda. ¿A qué otra cosa más, es necesario dedicarse con atención y esmero?

Paula. Generalmente á todas cuantas obras puedan contribuir á nuestra salvación y la del próximo, y á honra y gloria de Dios.

Agripina. Demasiado es, á mi parcer, esto que dices.

Paula. No, no es demasiado; con tal que todo ello se contenga dentro de los límites de nuestro estado.

Austruda. Con que, según eso, ¿bien se necesita discernimiento para la elección que se hiciere de las buenas obras?

Paula. Sin duda; porque todo lo que no fuere propio de nuestro estado, no debe emprenderse ligeramente.

Agripina. ¿Tienes algunos ejemplos en comprobación de esto?

Paula. Aun cuando yo no los tuviese, bastaría la razón sola, para comprenderlo: no obstante eso, dos son los que ahora me ocurren: Jesucristo no quiso hacer de Juez árbitro en el ajuste de cierta diferencia ó contestación que había ocurrido entre dos hermanos, con motivo de una herencia, y el mismo Jesucristo tampoco quería á lo primero curar á la mujer Cananéa, con todo que ella se lo rogaba tan encarecidamente; por no haber sido enviado (decía él) á buscar más que las ovejas descarriadas de la Casa de Israel.

Austrúda. Manejandose de esta suerte, ¿no habrá peligro de caer en ilusión ni engaño?

Paula. No; antes bien, se estará en disposición de salir prontamente con la antorcha encendida, á recibir al Esposo, á la primer señal que hiciere, y entrar con él en la sala del banquete.

Agripina. Explícanos, si gustas, ésta parábola.

Paula. De muy buena gana: el Esposo es Jesucristo: la primer señal es la que nos anuncia una muerte ya cercana: la sala del convite es el Cielo: el banquete es la eterna Bienaventuranza.

Austrúda. A pesar del gran gusto con que te estamos oyendo, es preciso finalizar ya nuestra conversa-

ción, para retirarnos á meditar espacio estas grandes é importantes verdades.

Paula. ¡Ojalá hagais de ellas todo el buen uso que Dios aguarda de vosotras!

Agripina Sobre esto vamos á trabajar con todo empeño: pídele á Dios, que bendiga nuestros buenos designios.



CONVERSACION XXV

SE CONTINÚA LA CONVERSACIÓN PRECEDENTE.

Agripina. Sobremanera obligadas nos has dejado con la conversación pasada; y deseáramos vivamente nos hiciéces el favor de continuarla.

Paula. Lo haré de buena gana; no necesitando yo más, que saber que esto es lo que á vosotras os complace, para que á mi me dé todavía mayor gusto.

Austrúda. No es precisamente ya la falsa Devoción, sobre la que deseamos oírte; sino sobre una menuda série de ciertas cosas, que son muy ordinarias en la vida cristiana.

Paula. Pues explicáos; que yo estoy muy pronta á satisfaceros.

Agripina. Ante todas cosas nos has de dar, si gustas alguna regla por donde nos gobernemos para cuando el mal humor llegare á apoderarse de nosotras.

Paula. Entre todos los defectos que padecemos, no sé que haya otro más gravoso que éste; ni que más vigorosamente necesite ser combatido.

BIBLIOTECA